

El poeta
Horacio Ferrer
y el tango

JAIME JARAMILLO PANESSO



Foto Alberto Ramella



Decía el cantor Edmundo Rivero que el tango era una conversación con música. Distinta definición a la de Enrique Santos Discépolo, quien dijo la más conocida: el tango es un sentimiento triste que se puede bailar. Depende entonces del ángulo desde el cual se mire y de la inmersión que en este género musical se tenga, para hablar de una música que desde su nacimiento, cerca de 1870, ha tenido desde simples estribillistas hasta letristas y poetas de mucho vuelo. El más cercano a la actualidad, Horacio Ferrer, nacido en Montevideo el 2 de junio de 1933 y muerto en Buenos Aires el 12 de diciembre de 2014, es el poeta de la vanguardia del tango.

Ferrer tuvo la fortuna de ser amigo y colaborador de los músicos y creadores más importantes de la segunda mitad del siglo xx, como Astor Piazzolla, Aníbal Troilo (Pichuco), ambos desaparecidos, Horacio Salgán y Raúl Garelo, históricos y actantes en Buenos Aires. Salgán, en su piano, ha sido el maestro de nuevas generaciones, distinguido por haber creado el Quinteto Real y el reconocido dúo Salgán-De Lío. Raúl Garelo es director de la Orquesta del Tango de la Ciudad de Buenos Aires y bandoneonista. Con ellos hizo su larga carrera de poeta y declamador Horacio Ferrer, quien al morir ocupaba la presidencia de la Academia Nacional del Tango.

Dueño de un gran sentido creativo y original, ligado al lunfardo como el vocabulario coloquial y marginal de los porteños (existe una Academia Porteña del Lunfardo con miembros investigadores de mucho reconocimiento), Ferrer inició sus publicaciones con *Romancero canyengue* (1967), donde incluye novedosos sonetos y poemas como este:

Ite yira est

Yo te evoco, muchacha nocturna,
Proletaria del mal, canción sin notas,
De esa fauna tristonga y callejera
Que entró, por ver las patas de la sota,
En el fangal del trote y la cartera.

Sé que no cabe en tus ojos la sonsera
De andar llorando. La vida, gota a gota,
La arrodillaste en un altar de ojeras
Alzado, con cosmética y devota
Unción, en tu semblante de ramera.

Pero sé, también, que en la frontera
Del alba, insomne, en tu cotorro flota
El resto de tu voz bandoneonera.
Y una ambición empecinada y rota
Se faja, sin piedad, en la catrera.

Cátulo Castillo, uno de los poetas tangueros más respetados, señala que en *Romancero canyengue* hay un trato renovador del idioma, en lo que respecta a la realidad del ámbito rioplatense, donde la topografía callejera y ciudadana exige su propia y viva expresión. En efecto, por hacer del tango un crisol de nuevos giros de la palabra, tuvimos la obra de Julián Centeya, de recargado lunfardismo, cuya lectura ni siquiera era entendible para los malevos que lo creaban en las calles del arrabal. El lunfardo se convierte así en un producto de los intelectuales para regocijo de un grupo amplio de estudiosos, pero rompe su conexión con lo popular. Un letrista que en su momento comprendió la necesidad de matizar los contenidos de los temas de Gardel en su penetración por el mundo hispánico fue Alfredo le Pera, quien dio la pauta a su socio con temas libres del diccionario marginal rioplatense, sin caer en el extremo de excluirlo totalmente.

Con Astor Piazzolla, Ferrer se vincula al controvertido vanguardista del tango y juntos obtienen logros más allá de este género, como la operita *María de Buenos Aires* (1968), que obtuvo la nominación

a los premios Grammy en Estados Unidos en 1998. El tema que da a estos dos personajes mayor publicidad es *Balada para un loco*, cuya letra está engastada en la palabra “piantao”, estar loco. Muchas son las piezas musicales que construyeron la dupla Piazzolla-Ferrer, como las siguientes: *Chiquilín de Bachín*, *Balada para mi muerte*, *La última grela*, *Fábula para Gardel*, *La bicicleta blanca*, *El gordo triste*, *Milonga del trovador*, *El diablo*, *Existir* y *Libertango*.

La última grela

Del fondo de las cosas y envuelta en una estola de frío, con el gesto de quien se ha muerto mucho, vendrá la última grela, fatal, canyengue y sola, taqueando entre la pampa tiniebla de los puchos.

Con vino y pan del tango tristísimo que Arolas callara junto al barro cansado de su frente, le harán su misa rea los fueyes y las violas, zapando a la sordina, tan misteriosamente.

Despedirán su hastío, su tos, su melodrama, las pálidas rubionas de un cuento de Tuñón, y atrás de los portales sin sueño, las madamas de trágicas melenas dirán su extremaunción.

Y un sordo carraspeo de esplín y de macanas, tanguéandole en el alma le quemará la voz, y muda y de rodillas se venderá sin ganas, sin vida, y por dos pesos, a la bondad de Dios.

Traerá el olvido puesto; y allá en los trascartones del alba el mal, de luto, con cuatro besos pardos, le hará una cruz de risas y un coro de ladrones muy viejos sus extrañas novelas en lunfardo.

Qué sola irá la grela, tan última y tan rara, sus grandes ojos tristes trampeados por la suerte, serán sobre el tapete raído de su cara, los dos fúnebres ases cargados de la muerte.

Otro socio de Ferrer fue Aníbal Troilo, “Pichuco”. Ambos eran dueños de la noche bonaerense. Troilo con su bandoneón y su orquesta y Ferrer con su pinta bohemia: flor en el ojal de su saco, bufanda de seda colorida y esa profesional tertuliadera en los bares y restaurantes de la capital de los argentinos. Con Troilo, una personalidad muy distinta a Piazzolla, porque el Gordo

Pichuco era la esencia del tango y la nocturnidad musical de la ciudad, Ferrer pone su letra a *Tu penúltimo tango* y a *Milonga de la azotea*.

Una faceta de Horacio Ferrer, doctoral por su nivel de investigación y correlación histórica con las fotos y publicaciones de cada época, es la de su *Libro del tango*, tres tomos que recogen el diccionario de autores, compositores e intérpretes, uno de ellos dedicado a la recopilación de las crónicas pertinentes de periodistas y escritores que complementan el contexto de la música ciudadana, y que fue publicado en 1980 por la Editorial Antonio Tersol. Esta obra monumental de Ferrer es piedra angular para el conocimiento del género musical universal que ha alcanzado a ser el tango. Años después aparecerá en dos tomos, con las ilustraciones desbordadas de refrescante iluminación de los textos, *Inventario del tango*, acompañado de Óscar del Priore, editado por el Fondo Nacional de Artes en 1999.

Con Raúl Garelo, Ferrer puso su magia en los temas *Cerrá, que después te explico*, *Chau Flaco*, *El caballito*, *El último bailongo*, *Homero en flor* y tantos más. Énfasis hay que hacer en el tango a Troilo, con motivo de su muerte.

Ferrer puede contar, orgullosamente (vanidad no le faltó nunca), que fue compañero de notas musicales y de micrófono en mano de otros extraordinarios músicos y compositores: Osvaldo Tarantino, Roberto Grela, Juan José Mosalini, Daniel Piazzolla, Héctor Stamponi y Osvaldo Pugliese. Con el maestro Horacio Salgán interpretó *El día de Santa Guitarrita*, donde se conjugan ritmos criollos como chacarera, zamba y vals.

Características de la poesía ferreriana son la creación de nuevas palabras que fonéticamente le dan un colorido surrealista, escuela literaria en que está inscrita la obra poética de Ferrer, y la inclusión del vocabulario popular de las dos orillas del río de La Plata, el lunfardo. De las primeras encontramos, a modo de ejemplo: “tanguéandole en el alma” (*La última grela*), “con su sencilla elegancia fantasmérica” (*Fábula para Gardel*), “La flastrufia” título de uno de sus poemas y que no quiere decir nada. Con el lunfardo hace maravillas pirotécnicas, al uso corriente: grela (mujer), fueye (bandoneón), canyengue (cadencia popular o vulgar para hablar o bailar, arrabalero, de baja condición social), taura (tahúr, jugador audaz), viola (guitarra).

Otro socio de Ferrer fue Aníbal Troilo, “Pichuco”. Ambos eran dueños de la noche bonaerense. Troilo con su bandoneón y su orquesta y Ferrer con su pinta bohemia: flor en el ojal de su saco, bufanda de seda colorida y esa profesional tertuliadera en los bares y restaurantes de la capital de los argentinos.

El gordo triste

Por su pinta poeta de gorrión con gomina,
por su voz que es un gato sobre ocultos platillos,
los enigmas del vino le acarician los ojos
y un dolor le perfuma la solapa y los astros.

Grita el águila taura que se posa en sus dedos
convocando a los hijos en la cresta del sueño:
¡a llorar como el viento, con las lágrimas altas!,
¡a cantar como el pueblo, por milonga y por llanto!

Del brazo de un arcángel y un malandra
se van con sus anteojos de dos charcos,
a ver por quién se afligen las glicinas,
Pichuco de los puentes en silencio.

Por gracia de morir todas las noches
jamás le viene justa muerte alguna,
jamás le quedan flojas las estrellas,
Pichuco de la misa en los mercados.

¿De qué Shakespeare lunfardo se ha escapado
este hombre
que un fósforo ha visto la tormenta crecida,
que camina derecho por atriles torcidos,
que organiza glorietas para perros sin luna?

No habrá nunca un porteño tan baqueano del alba,
con sus árboles tristes que se caen de parado.
¿Quién repite esta raza, esta raza de uno,
pero, quién la repite con trabajos y todo?

Por una aristocracia arrabalera,
tan sólo ha sido flaco con él mismo.
También el tiempo es gordo, y no parece,
Pichuco de las manos como patios.

Y ahora que las aguas van más calmas
y adentro de su fueye cantan pibes,
recuerde y sueñe y viva, gordo lindo,
amado por nosotros. Por nosotros.

Este texto de Ferrer, con música de Garello, contiene imaginativas propuestas poéticas, como “no habrá nunca un porteño tan baqueano en el alba”. O esta petición contradictoria: “por una aristocracia arrabalera”. Troilo, a quien se refiere como El gordo triste, estará plenamente reconfortado en su tumba.

Horacio Ferrer escribió un poema parecido al del peruano César Vallejo: “Me moriré en París con aguaceros/ un día del cual tengo ya el recuerdo”. Escribió Ferrer: “Moriré en Buenos Aires, será de madrugada/ que es la hora en que se mueren los que saben morir”. Murió en Buenos Aires, pero una tarde de un día decembrino, luego de vivir ochenta y un años poetizando su declamación y declamando sus versos canyengues y tangueros, mientras estampaba su firma con el adorno de una flor de tallo largo, como fue largo su último whisky.

Pero he aquí su última oración de poeta, *Yo payador*, donde siembra la despedida:

Yo payador

Me confieso al amor todopoderoso,
A la bienaventurada guitarra mía,
Al bienaventurado san Gabino Eseiza,
Al bienaventurado san José Betinoti,
A los nuevos apóstoles del verso criollo en el asfalto
Y a vos, hermano, porque he cantado opinando,
Simplemente, con mi discernimiento, palabra y copla.
Por mi canto, por mi canto, por mi humildísimo canto.

Y remata con estos dos versos de final fune-
rario anticipado:

Yo payador deseo
Tener tumba entre mi adiós y los benteveos. ■

Jaime Jaramillo Panesso (Colombia)

Abogado, profesor universitario, escritor, columnista, congresistas, asesor de paz y promotor cultural son algunas de las actividades en las que se ha desempeñado. Entre sus publicaciones, se encuentran: *La palabra entre rejas*, *Qué pasa en Cuba que Fidel no se afeita*, *Manos en el fuego*, *Corazón de ciudad* y *Orejas de zaguán*.